



CEV Conferencia
Episcopal
Venezolana

CONVER

Servos del Santísimo
SACRAMENTO

SUBSIDIO

En el marco de la
solemnidad del
Corpus Christi

**“Eucaristía,
Misterio que
se celebra”**

125 Años

de la consagración de Venezuela
al Santísimo Sacramento

Nuestro refugio está en el Santísimo Sacramento



Eucaristía, Misterio que se celebra

OBJETIVO: LA COMUNIDAD CRISTIANA CONSTITUIDA POR EL BAUTISMO PROFUNDIZA EN LA COMPRENSIÓN DE LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA INSTITUIDA POR EL SEÑOR.

El Concilio Plenario de Venezuela, exhortó al pueblo creyente a “vivir, celebrar y testimoniar la fe “mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Señor Jesucristo” (Documento, No. 10. Celebración de los Misterios de la Fe, N° 1)

CONTEMPLAR

I.- Nuestros días presentan un desafío, porque a pesar de que existe una participación más consciente y activa de los fieles en las celebraciones litúrgicas, en especial los domingos, y otras festividades, se sigue tratando de una reducida minoría del pueblo católico, y seguramente con una disminuida conciencia del significado de esa participación, que con frecuencia responde más a una fuerte costumbre cultural que a una fe verdaderamente vivida y celebrada. El Concilio Vaticano II, nos dice:

“Nuestro Salvador, en la última cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz” (SC 47), confiando así a su Esposa, la Iglesia el memorial de su muerte y de su resurrección, como signo de unidad, vínculo de amor y banquete pas-cual en el que es recibido el mismo Cristo, como prenda de la gloria futura.

Por esta razón podemos reflexionar sobre nuestra comprensión de la celebración eucarística y preguntarnos

Cuándo me incorporo y participo en la Eucaristía ¿qué celebro?

Siglas:

CIC= Catecismo de la Iglesia Católica

CPV= Concilio Plenario de Venezuela

LG= Lumen Gentium

MND= Carta Apostólica Mane Nobiscum Domine

OGLM= Ordenación general de las lecturas de la misa

OGMR= Ordenación general del misal romano

SC= Sacrosanctum Concilium

II.- Se hace notorio que el mundo vive una especie de convulsionado cambio de época y en medio de nosotros se marca más aún por la existencia de una marcada crisis política, social y económica que influencia con determinación lo cultural, lo religioso, lo académico etc. por lo que nuestras realidades se manifiestan cada vez más volátiles y cambiantes, lo que se asume con visos de aceptación o de conformismo y poca resistencia fomentando que nuestro devenir como sociedad, imponga lo inmediato o urgente sobre lo importante y por tanto sin una conciencia plena de lo que acontece que nubla nuestra razón.

Es conveniente recordar que Jesús iniciando su predicación, ciertamente hace una llamada a la conversión personal, pero esta llamada no puede concebirse sólo en un contexto individualista, sino que apunta a reunir a la humanidad dispersa y confundida, para que, reunida, constituya el Pueblo de Dios, y se formen él, los mismos sentimientos de Cristo, a los que deben aspirarse. (Fil. 5,2), y por efecto del Bautismo somos no sólo hijos de Dios, sino de la Iglesia y como hermanos formamos el nuevo pueblo de Dios.

Debemos pues, reflexionar, cuando pensamos nuestra celebración Eucarística, cómo dirigimos nuestra intención celebratoria y preguntarnos

¿Cuándo participo de la Eucaristía lo hago como miembro de una Asamblea que rinde culto a Dios o lo entiendo como un culto personal y particular que rindo a Dios por medio de tal celebración?

III.- Es posible también mirar la Eucaristía como la práctica de una serie de ritos en función a la sola transustanciación (conversión del pan y vino en el cuerpo y sangre del Señor) como si fuera su único objetivo y no vivirla en toda su dimensión como sacramento de la nueva pascua y definitiva alianza realizada por Dios con el Nuevo Israel, la Iglesia, donde Jesucristo se da por entero cuando entrega su propio cuerpo como verdadera comida y su propia sangre, con la que sella la nueva y eterna alianza, como verdadera bebida.

Esta idea, donde no se hacen conscientes o se consideran presentes los elementos fundamentales que se encontraban en las originales (originarias) celebraciones del Pueblo de Dios (Israel) que eran el de la Pascua y el de la Alianza, es decir la liberación de la esclavitud (del pecado) mediante la Sangre del Cordero y la celebración por parte del Pueblo de la Alianza con Dios, por la sangre derramada, nos permite percibir que en un buen número de fieles se ignora el significado liberador y salvífico de la celebración y tiende a valorarla sólo en el resultado de obtener la presencia real de Jesús en el Pan y en el Vino consagrados, más como un acto mágico que por la actualización del acto sacrificial.

Por esto es menester preguntarnos

¿Conozco y comprendo la dinámica interna de la celebración (sus partes) de la Misa y su hilo conductor que nos lleva a realizar el memorial ordenado por el Señor?

IV.- Es frecuente también que los fieles que en general no hayan recibido una formación catequética sistemática y que muchos de los que la han recibido entiendan que la celebración de la Eucaristía, más que introducirnos en forma vivencial a la vida cristiana, se trata tan sólo de un ritual sacramental, lo que permite un divorcio entre la forma de vivir la vida cristiana en relación a la “costumbre” de asistir a la Santa Misa, unida a las influencias de otras corrientes religiosas, a algunos elementos de tradiciones arraigadas y al sincretismo religioso, que producen una comprensión desvirtuada de esta Santa Celebración, por eso es menester preguntarnos

¿Qué importancia tiene para mi vida la celebración de la Eucaristía?

DISCERNIR

INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA COMO MEMORIAL

Nuestro Señor Jesucristo aquella bendita noche en que celebraba la pascua con sus discípulos instituyó el sacramento de la Eucaristía como “Memorial” de su Pasión, Muerte y Resurrección. Afirmó el concilio Vaticano II: “Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura” (SC 47).

Por tanto, la intención de Jesucristo al instituir la Eucaristía, es que ésta sea memorial de su entrega por nosotros, que su acto salvífico (muerte redentora en la Cruz y gloriosa resurrección) se perpetúe hasta su segunda venida. Escuchemos a este respecto aquello que el Apóstol Pablo nos transmite fielmente:

Yo he recibido del Señor lo que a mi vez les he transmitido. El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan y, después de dar gracias, lo partió diciendo: «Esto es mi cuerpo, que es entregado por ustedes; hagan esto en memoria mía.» De igual manera, tomando la copa, después de haber cenado, dijo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Todas las veces que la beban háganlo en memoria mía.» Fíjense bien: cada vez que comen de este pan y beben de esta copa están proclamando la muerte del Señor hasta que venga. (1 Cor 11, 23-26)

Las palabras del Apóstol resuenan con gran fuerza “Yo he recibido del Señor lo que a mi vez les he transmitido”, s. Pablo confiesa a la comunidad que él es un eslabón, que forma parte de una cadena de transmisión que generación tras generación entrega fielmente un tesoro recibido del Mismo Jesucristo. Pero ¿esto que se transmite, es un recuerdo como cualquier otro? ¿cuándo decimos que la eucaristía es memorial decimos que es un acto que nos ayuda a recordar un hecho pasado? No, el memorial no es un simple recuerdo, Jesús no está en medio de nosotros como un buen recuerdo.

...el memorial no es solamente el recuerdo de los acontecimientos del pasado, sino la proclamación de las maravillas que Dios ha realizado en favor de los hombres (cfr Ex 13,3). En la celebración litúrgica, estos acontecimientos se hacen, en cierta forma, presentes y actuales... (CIC 1363)

...Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, hace memoria de la Pascua de Cristo y ésta se hace presente: el sacrificio que Cristo ofreció de una vez para siempre en la cruz, permanece siempre actual (cfr Hb 7,25-27): «Cuántas veces se renueva en el altar el sacrificio de la cruz, en el que "Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado" (1Co 5, 7), se realiza la obra de nuestra redención»... (LG 3). (CIC 1364)

...La Eucaristía es, pues, un sacrificio porque representa (= hace presente) el sacrificio de la cruz... (CIC 1366).

El memorial es, por tanto, un acontecimiento que se hace verdaderamente presente en el aquí y ahora de la celebración, es Cristo que se hace presente y nos salva, y la garantía de esta presencia salvadora en medio de nosotros es tanto la promesa que brota de los labios del Señor “Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20) como la fidelidad de su Esposa, la Iglesia, de perpetuar a lo largo de los siglos aquello que su Esposo y Señor le encomendó (Cfr. Mt 26,26-28; Mc 14,22-24; Lc 22,19-20; 1 Cor 11,23-26).

¿Esta comprensión de la Eucaristía como memorial que actualiza la salvación y que no se limita solo a las especies consagradas nos puede ayudar a celebrar mejor este sacramento?

NUESTRA PARTICIPACIÓN EN EL MEMORIAL

Es hermoso ver el sacramento de la eucaristía como la memoria agradecida de la acción de Dios para salvarnos, una memoria que no se queda en el recuerdo, sino que actúa aquí, en medio de nosotros, de nuestras familias, comunidades, parroquias, diócesis. Sin embargo, tampoco hay que quedarnos en una consideración “externa de la salvación” y por ende de la eucaristía, “Quien te creó sin ti, no te salvará sin ti” (S. Agustín) la pasión muerte y resurrección de Cristo, nuestro Señor, que es celebrada en la misa, no es un “espectáculo” que se va a ver, una historia que se va a escuchar, no es “algo” que Dios hace mientras somos sujetos pasivos, muy por el contrario, la Eucaristía nos implica a todos nosotros y a todo en nosotros, es Dios que actúa en y por los bautizados, que convocados en asamblea, celebran el memorial del Señor ¡la Iglesia hace a la eucaristía, y la eucaristía hace a la Iglesia!

... La Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, participa en la ofrenda de su Cabeza. Con ffil, ella se ofrece totalmente. Se une a su intercesión ante el Padre por todos los hombres. En la Eucaristía, el sacrificio de Cristo se hace también el sacrificio de los miembros de su Cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo. El sacrificio de Cristo presente sobre el altar da a todas las generaciones de cristianos la posibilidad de unirse a su ofrenda. (CIC 1368)

La memoria agradecida del sacrificio de Dios para salvarnos se transforma así en nuestro propio sacrificio, personal, familiar y comunitario, nuestra vida entera con sus fatigas, miedos, dolores, sufrimientos, alegrías y sueños... se encuentra en la eucaristía y en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia (al cual me he unido por el bautismo) se ofrece al Padre como ofrenda agradable, esto debemos comprenderlo y proclamarlo cada día más y mejor, Cristo nuestro salvador, que se encuentra presente, vivo y actuante en su cuerpo, sangre, alma y divinidad en las especies consagradas no se encuentra solo, todos los bautizados estamos en él, ofreciéndonos junto a él como un único sacrificio a Dios.

Que diferente es celebrar la eucaristía con esta conciencia, el banquete pascual deja de ser un rito que yo voy a ver al templo o a oír por los medios de comunicación, y comienza a ser una verdadera participación consciente, activa y fructuosa (SC 11) donde voy a unir mi vida junto con mis hermanos a mi Señor y convertirnos así en “hostias vivas agradables a Dios” (Cfr. Rm 12, 1).

Celebrar la eucaristía, conforme a la intención de Cristo al instituir la, implica por tanto un testimonio de vida cristiana, un deseo de seguir a Cristo, convertirme en un discípulo que sigue al Maestro tomando su cruz (Cfr. Mt 16, 24), es adquirir conciencia de mi identidad como Hijo de Dios por el bautismo (identidad bautismal), ya que es en este “contexto”, en que se debe celebrar el memorial del Señor. Como dice la secuencia del Corpus “el pan que del cielo baja es comida de viajero”, es decir, alimento para caminar tras de Cristo, necesitamos de la eucaristía para poder vivir cristianamente y debemos celebrarla y acceder a ella con la intención de ser discípulos misioneros que quieren conformar sus vidas con los mandatos del Señor.

¿Cuándo celebro la eucaristía lo hago conscientemente, uniendo mi vida al Sacrificio de Cristo o lo hago como espectador pasivo?

EL BAUTISMO NOS HACE MIEMBROS DEL CUERPO DE CRISTO

El evangelista San Juan transmite en su Evangelio la vida de Jesucristo como una revelación profunda del misterio de salvación. San Juan fue testigo ocular de la escena que narra en el Capítulo 19, versículos del 31 al 37. Para él el hecho de que dieran una lanzada a Jesucristo y no le rompieran las piernas era signo de que Él era el verdadero Cordero Pascual, pues no se podía romper ni un hueso del cordero pascual que se sacrificaba en el Templo: “No romperás ni uno de sus huesos” (v.36) (Ex 11-19; Lev 23)

Eucaristía

Los santos padres de los primeros siglos de la Iglesia, vieron en el agua y la sangre que brotaron del costado traspasado de Jesucristo, el nuevo Adán (v.34), un símbolo de los dos sacramentos: Bautismo y la Eucaristía, que construyen la Iglesia, nueva Eva: Así como Eva “nació” del costado durmiente de Adán, así la nueva Eva, la Iglesia, “nació” del costado del nuevo Adán, Jesucristo, “durmiendo” en la cruz. (Cfr. San Ambrosio, *Expositio evangelii secundum Lucam*, 2,85-89; LG 3; SC 5; CIC 766).

Tanto el bautismo y la Eucaristía construyen la Iglesia (Cuerpo de Cristo). A través del Bautismo nacemos a la vida cristiana y a través de la Eucaristía crecemos en esta misma vida, por eso en la celebración eucarística cada uno de los bautizados están llamados a unirse a la Iglesia y a Jesucristo, ya que “el santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el Espíritu y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos” (CIC 1213). Al respecto, *Exhortación Apostólica postsinodal Sacramentum Caritatis, N° 17, nos dice: “El sacramento del Bautismo, mediante el cual nos confiormamos con Cristo (Cfr. LG 7), nos incorporamos a la Iglesia y nos convertimos en hijos de Dios... Con él se nos integra en el único Cuerpo de Cristo (cfr. 1Cor 12,13), pueblo sacerdotal. Sin embargo, la participación en el sacrificio eucarístico perfecciona en nosotros lo que nos ha sido dado en el bautismo”.*

¿Tenemos la conciencia de que en virtud del Bautismo somos miembro de la Iglesia y que esta dignidad común exige un nuevo modo de ser y de hacer como cristiano?

LA CORRESPONSABILIDAD BAUTISMAL EN LA PARTICIPACIÓN DE LA CELEBRACIÓN EUCA- RÍSTICA

El sacramento del Bautismo nos ha hecho capaces de Dios, sus hijos, y la Eucaristía nos hace entrar en comunión con El Padre, por Jesucristo en el Espíritu Santo. Por tanto, los bautizados tienen parte activa en la celebración de los misterios en la liturgia, que es un acto de toda la Asamblea que se congrega para celebrar el misterio pascual. En la Misa, la Iglesia (los bautizados, cada uno según su oficio y rol) se une a la acción de Cristo (cfr. OGMR, 16). Todos los bautizados deben comprender que, aunque no tengan una responsabilidad concreta en el desarrollo de la celebración, están llamados a participar plenamente de ella: el servicio del altar, proclamar la Palabra de Dios, la distribución de la comunión, el canto litúrgico, etc. Son formas concretas de participación, lo importante es que se comprenda que la celebración de la liturgia no es solo responsabilidad de clérigos, sino deber y responsabilidad de todos los que en virtud de su bautismo celebran (sacerdocio común) y se han dispuesto al servicio de la preparación de las celebraciones litúrgicas en la Iglesia. Tal compromiso incluye un pleno involucramiento durante la celebración litúrgica:

-Los fieles bautizados que forman la asamblea están llamados a unirse en alabanza y acción de gracias, en canto y palabra, a escuchar atentamente la Palabra de Dios, y a ejercitar su sacerdocio bautismal en oración por la Iglesia, por el mundo y todos los necesitados durante la oración de los fieles.

-En la liturgia eucarística, los fieles bautizados unen su oración a la del celebrante, ofreciendo a Cristo la víctima, no solo por medio de las manos del sacerdote sino también junto con él y se ofrecen ellos mismos también (cfr. OGMR, 95). Su participación culmina en la recepción del Cuerpo y la Sangre del Señor.

La participación no se refiere principalmente a la actividad o función externa durante la celebración de la Misa; más bien, se refiere a una participación profunda, interior, espiritual, de mente y corazón, penetrando la profundidad de los misterios que se celebran en la liturgia (cfr. SC 14-20; 30ss; 48ss). Esta realidad de la espiritualidad cristiana exige la formación litúrgica de los fieles.

Por tanto, para que la Eucaristía dé frutos en el fiel cristiano, se requiere favorecer la participación plena, activa y fructuosa de todos los fieles (*actuosa participatio*), para celebrar adecuadamente el Rito Sagrado en su plenitud (*ars celebrandi*). Todo el Pueblo de Dios ha de sentirse comprometido en esta formación, que los configurará como hombres nuevos, con una fe adulta, que capacitará para celebrar auténticamente la eucaristía.

VISIÓN GENERAL DE LA DINÁMICA INTERNA DE LA CELEBRACIÓN DE LA EU-CARISTÍA

Mantener vivas las celebraciones litúrgicas requiere un gran esfuerzo. Buena parte de las dificultades que se dan en la celebración de la Eucaristía se deben a la insuficiente comprensión que se tiene de ella, a su dinámica interna, según los libros litúrgicos, y de sus valores fundamentales, de manera que, para ilustrar el misterio de la Eucaristía, se debe comprender la Misa en la que es celebrada y vivida por parte de la comunidad cristiana.

A continuación, se pretende señalar, de modo general, el sentido o dinámica interna de las partes que conforman el actual rito de la celebración Eucarística con el fin de promover una mayor vivencia consciente y la participación de los fieles en cada una de ellas:

Ritos iniciales: Se trata de unos ritos que, sin pertenecer a los elementos fundamentales de la celebración (OGMR, 8.), tienen una gran importancia en orden a conseguir la adecuada disposición de los fieles y su activa y fructuosa participación a lo largo de la celebración. Como su mismo nombre indica, son ritos de inicio, de apertura, de introducción. Estos deben ser entendidos no solo como preparación, sino como preludio de lo que va a ser la celebración en su parte más central, o liturgia eucarística. Esto significa los ritos iniciales adelantan al discípulo lo que, a lo largo de la celebración se va a experimentar, de modo concreto, en la Liturgia de la Palabra y la Liturgia Eucarística, en lo que esta tiene de gozosa celebración de la presencia del Señor, aclamación de su misericordia, alabanza agradecida de su grandeza y de su obra salvadora.

La presencia de los fieles en el templo es indicativa de que físicamente está reunidos; pero hace falta que los que están unidos materialmente, en un mismo lugar, lo estén unidos también espiritualmente, en un mismo espíritu y una misma oración; que sean una comunidad cristiana dispuesta a participar, como un cuerpo en el banquete pascual de su Señor.

La pedagogía de estos ritos iniciales pretende disponer a los fieles a pasar del yo individualista al nosotros solidario (procesión de entrada, canto de entrada) (OGMR, 25-26); ser capaces de reconocer la presencia de aquel en cuyo nombre estamos reunidos y experimentar el gozo de compartir la fe en el Señor (Saludo al altar, al pueblo congregado, el acto penitencial, el Kyrie y el Gloria) (OGMR 27-32). Así, siendo conscientes de estar en la presencia de Dios los fieles formulan interiormente sus súplicas. La oración colecta “*expresa la índole de la celebración, y con las palabras del sacerdote se dirige la súplica a Dios Padre por*



Cristo en el Espíritu Santo. El pueblo, para unirse a esta súplica y dar su asentimiento, hace suya la oración pronunciando la aclamación: Amén (OGMR, 32)”

Liturgia de la Palabra: La comunidad celebrante, una vez reunida, dispuesta y preparada mediante el rito de entrada, escucha a Dios que se hace presente en la celebración la Palabra de Dios, que consta, principalmente, de las lecturas tomadas de la Sagrada Escritura y que son proclamadas; la homilía, la profesión de fe y la oración universal u oración de los fieles, la desarrollan y concluyen. Se trata de un encuentro único y progresivo con el mismo Cristo resucitado que se da a los suyos como la Palabra viva de Dios y luego les hace partícipes de su entrega sacrificial en forma de alimento eucarístico; son dos partes distintas y perfectamente diferenciadas pero inseparables, sin embargo, es una doble mesa en la que los fieles encuentran el mensaje y el alimento cristiano.

El discípulo ante la liturgia de la Palabra debe ser consciente de que ésta *“le descubre el misterio de la Redención y Salvación, y le ofrece el alimento espiritual; y el mismo Cristo, por medio de su Palabra, se hace presente en medio de los fieles (OGMR, 33)”* y conduce a la Liturgia Eucarística, memorial activo del misterio pascual de Cristo, que manifiesta de otro modo, sacramentalmente, esta misma historia de salvación que la Palabra proclamó antes.

Dios habla a su pueblo, Cristo anuncia el Evangelio y lo celebramos con gozo, con aclamación y canto (OGLM, 23), de manera que la comunidad cristiana hace memoria del Señor y actualiza su salvación acogiéndola con fe y celebrándola como auténtico regalo de Dios y Palabra de vida, en la que Dios mismo se da y comunica su Plan, su Voluntad.

En la celebración de la Palabra los fieles muestran, por medio de la profesión de fe, su adhesión o asentimiento a la Palabra de Dios oída en las lecturas y en la homilía, y traiga a su memoria, antes de empezar la celebración del misterio de la fe, la norma de su fe (Cfr. OGMR, 33.43; OGLM, 29). Seguidamente, la asamblea de los fieles, a la luz de la Palabra de Dios, ejercita su oficio sacerdotal rogando por todos los hombres, para que la salvación que las lecturas han anunciado se haga eficaz y se cumplan en la humanidad entera desde su existencia y problemas, *“de modo que, completando en sí mismo los firutos de la liturgia de la Palabra, pueda hacer más adecuadamente el paso a la liturgia eucarística (OGLM, 30)”*.

Liturgia eucarística: Luego de haber concentrado la atención en el Libro Santo escuchando su proclamación se procede a entonar, en torno al Altar, nuestra acción de gracias sobre el pan y el vino. Este es un encuentro único y progresivo con el mismo Cristo. Le acogemos en la mesa de la Palabra como Palabra viva del Padre. Y, luego, en la mesa de la Eucaristía comulgamos el Pan de salvación. En efecto, *“cuando Cristo nos congrega en el banquete pascual de su amor... él nos explica la Escritura y parte para nosotros el pan (PLEGARIA EUCARÍSTICA V)”*. Es así como en cada liturgia eucarística la Palabra se hace carne.

La Liturgia eucarística y sus partes tienen su punto de referencia en la Última Cena de Jesús, como lo expresa la Ordenación General del Misal Romano, N° 48: *“En la última cena, Cristo instituyó el sacrificio y banquete pascual, por el que se hace continuamente presente en la Iglesia el sacrificio de la cruz, cuando el sacerdote, que representa a Cristo, lleva a cabo lo que el Señor mismo realizó y confió a sus discípulos para que lo hicieran en memoria suya. Cristo tomó en sus manos el pan y el cáliz, dio gracias, lo partió, lo dio a sus discípulos, y dijo:*



“Tomad, comed, bebed: esto es mi cuerpo: éste es el cáliz de mi sangre. Haced esto en conmemoración mía”. De ahí que la Iglesia haya ordenado toda la celebración de la liturgia eucarística según estas mismas partes, con las palabras y acciones de Cristo”.

Los tres evangelios sinópticos y san Pablo nos transmiten el relato de la institución de la Eucaristía, figura en todas las plegarias eucarísticas, donde se recuerdan las acciones de Jesús en la Cena: *“tomó pan en sus santas y venerables manos... dando gracias te bendijo, lo partió, y lo dio a sus discípulos... tomó el cáliz glorioso en sus santas y venerables manos, dando gracias te bendijo, y lo dio a sus discípulos”*. La Iglesia cuando celebra el memorial del Señor, repite, ritualmente, esas cuatro acciones, que aparecen como partes integrantes de la liturgia eucarística, tal como lo expone la Ordenación General del Misal Romano, N° 48:

- 1.- En la preparación de las ofrendas se presentan en el altar el pan y el vino con agua; es decir, los mismos elementos que Cristo tomó en sus manos.
- 2.- En la plegaria Eucarística se da gracias a Dios por toda la obra de la salvación, y las ofrendas se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.
- 3.- Por la fracción del mismo pan se manifiesta la unidad de los fieles, y por la comunión ellos reciben el Cuerpo y la Sangre del Señor, del mismo modo que los Apóstoles lo recibieron de manos del mismo Cristo.

El discípulo se hace partícipe de esta realidad redentora cuando es consciente de que el esquema fundamental de la liturgia eucarística responde a las palabras y gestos de Jesús en la última Cena:

- a.- Preparación de los dones, colocación del pan y el vino sobre el altar (Tomó pan... y lo mismo hizo con la copa)
- b.- Plegaria eucarística (dando gracias te bendijo)
- c.- Rito de la comunión, que incluye la fracción del pan (lo partió y lo dio a sus discípulos)

La pedagogía litúrgica hace pasar a la Liturgia Eucarística progresivamente, el paso a la Eucaristía es mediada por la preparación de los dones, en donde se ritualiza la primera de las acciones de Jesús en la última Cena: "Tomó un pan... y lo mismo hizo con la copa"; se llevan al altar, centro de toda la Liturgia Eucarística, los dones que se convertirán en el Cuerpo y Sangre de Cristo cuyo rito concluye con una invitación del sacerdote a orar juntamente con el sacerdote, y con la oración sobre las ofrendas. Así queda preparada la Oración Eucarística.

La Oración Eucarística *“es el punto central y el momento culminante de toda la celebración (OGMR, 54)”*, el momento para el cual los fieles se han introducido y preparado con la escucha de la Palabra. Con esta plegaria de acción de gracias y santificación, se actualiza en la celebración la segunda de las acciones de Jesús en la Última Cena: pronunciar la bendición, dar gracias. Esto se hace por medio del sacerdote que preside, y el pueblo se dirige al Padre, en oración y acción de gracias y se une a Cristo en el reconocimiento de las grandezas de Dios y en la ofrenda del sacrificio. La comunidad reunida participa de la Plegaria escuchándola con atención, haciendo propia las actitudes que esta plegaria expresa y respondiendo a las aclamaciones, especialmente al Amén que culmina la doxología final y toda la plegaria eucarística.

Como al bendecir la mesa sigue el comer, a la Plegaria eucarística sigue, lógicamente, la comunión, es el momento de acercarse a recibir el pan único y partido. Toda la celebración y muy especialmente la liturgia eucarística, desde la preparación de los dones, se orienta a ese momento y culmina en él, ya que la celebración eucarística es un convite pascual, conviene que, según el encargo del Señor, su Cuerpo y su Sangre sean recibidos como alimento espiritual por los fieles.

El momento de la comunión es el signo visible de la participación de los fieles en el sacrificio que, unido al canto debe expresar, *“por la unión de voces, la unión espiritual de quienes están comulgando, demostrar al mismo tiempo la alegría del corazón y hacer más fraternal la procesión de los que van avanzando para recibir el cuerpo de Cristo (OGMR, 56)”*. El rito concluye con la oración después de la comunión en donde el sacerdote eleva al Padre una súplica para que el misterio celebrado y participado, sobre todo por la comunión, produzca frutos en la asamblea.

Rito de conclusión: La Eucaristía nos reúne para salir, fortalecidos y animados, a las tareas de la vida, donde se ha de realizar en nuestra vida lo que celebramos en el sacramento y llegar a transformarnos en lo que recibimos, lo que se ha celebrado en la Eucaristía. Esta despedida, que concluye el rito se convierte en misión, es decir, que el final del rito exige el comienzo del proyecto misionero de la Eucaristía, que *“es un modo de ser que pasa de Jesús al cristiano y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad (MND, 24)”*. Toda la celebración eucarística, reclama continuidad en la vida congruente con el misterio celebrado que dura toda la vida hasta que nos sentemos, al fin, en el banquete eterno del Reino, en las bodas del Cordero. El "Podéis ir en paz", de la conclusión, podría traducirse: La celebración ha terminado. Vayamos a vivirla.

En mi diócesis, parroquias, congregación:

¿Nos empeñamos en la formación litúrgica para favorecer la participación activa en espíritu y verdad de la comunidad, especialmente en la celebración de la Eucaristía? ¿Cómo celebramos la Eucaristía?

PROPONER

Ahora hermanos luego de esta formación y de una renovada conciencia de la celebración de la Eucaristía reunámonos en grupos más pequeños y pensemos, como comunidad, que iniciativas pudiéramos emprender para lograr una mejor celebración de la santa misa en nuestras realidades (parroquias, vicarías, rectorías, arciprestazgos, conventos etc.). En esta iniciativa puede ayudarnos mucho lo discernido por nuestros pastores en el Concilio Plenario de Venezuela documento N10 “celebración de los misterios de la Fe”, específicamente sus orientaciones pastorales y normas conciliares, hacemos un resumen de las mismas que consideramos oportunas en este contexto:

Desafíos:

- Propiciar la celebración viva, creativa y fructuosa de sacramentos y sacramentales.
- Favorecer una liturgia participativa.
- Fomentar una mayor educación litúrgica en los ministros y en todo el Pueblo de Dios.
- Incentivar medios para lograr una liturgia inculturada.

Normas:

- Incorpórese la liturgia en los planes diocesanos de pastoral, a fin de favorecer la renovación de la liturgia en las diversas comunidades.
- El obispo diocesano creará o fortalecerá la comisión diocesana (o el secretariado diocesano) de liturgia, que promueva la formación litúrgica de los fieles y produzca subsidios para lograr unas celebraciones conscientes y participativas, que valoren la piedad popular y sean sensibles a las necesidades vitales del Pueblo de Dios. Los párrocos han de promover también los secretariados o equipos parroquiales de liturgia.

Jornada de Formación Catequética

La teología que brota del Sacramento

La Eucaristía es “fuente y cima de toda la vida cristiana” (LG 11)

La Sagrada Eucaristía, contiene, en efecto, todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir Cristo mismo, nuestra Pascua. (CEC 1324.)

Se elabora este tema de catequesis sobre el sacramento de la Eucaristía, que pretende animar a una participación plena, consciente y vivencial en su vida cristiana.

CONTEMPLAR

Jesucristo, nuestro Señor, la víspera de su pasión en la cruz, celebró la última cena con sus discípulos. Durante la cena, nuestro Salvador instituyó la Eucaristía, el sacramento de su cuerpo y de su sangre. Lo hizo a fin de perpetuar el sacrificio de la cruz a través de los siglos y para encomendar a la Iglesia, su esposa, el memorial de su muerte y resurrección. (Mt 26, 26-28).

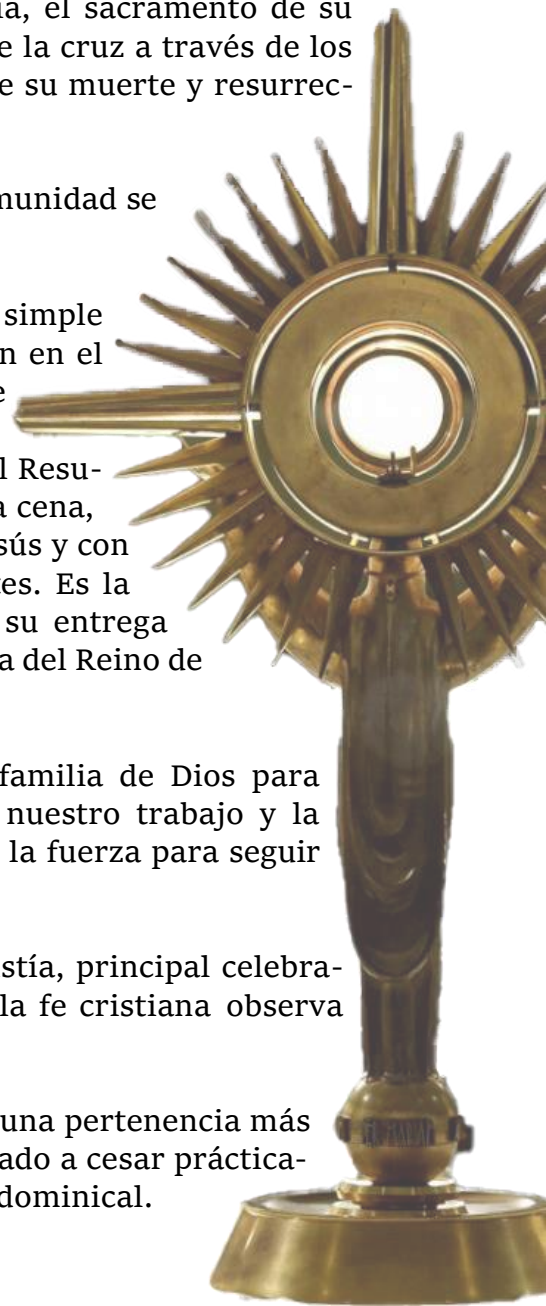
Desde el comienzo de la Iglesia, fiel al mandato del Señor, la comunidad se reúne para celebrar este memorial.

La palabra memorial es una palabra bíblica, que no es un simple recuerdo de la acción de Dios en el pasado sino la actualización en el rito de ese pasado para que otras personas puedan participar de él. La experiencia de comer con Jesús marcó a sus discípulos hasta el punto de que la experiencia pascual, el encuentro con el Resucitado, se relaciona con mucha frecuencia con una comida. En la cena, el cristiano se siente partícipe de la muerte y resurrección de Jesús y con la responsabilidad de hacer suya su entrega de amor sin límites. Es la actualización de toda la existencia de Jesús, es participar en su entrega hasta la muerte y en su resurrección e implica fidelidad a la causa del Reino de Dios con la entrega voluntaria y libre al servicio del prójimo.

En nuestras celebraciones eucarísticas, nos reunimos como familia de Dios para escuchar la Palabra, agradecer lo que hemos vivido, ofrecer nuestro trabajo y la alegría en unión a Jesús, recibirlo como alimento y tomar de Él la fuerza para seguir siendo fieles a nuestro compromiso cristiano.

En estos tiempos los fieles necesitan formación sobre la Eucaristía, principal celebración litúrgica de la Iglesia, para corregir contradicciones que la fe cristiana observa en Venezuela.

La crisis de fe, ha sido un factor que, para muchos católicos con una pertenencia más frágil a la Iglesia, y/o una formación más superficial, los ha llevado a cesar prácticamente toda participación en ella, comenzando por la eucaristía dominical.



Podemos constatar que gran número de católicos han dejado de participar en la eucaristía diaria y de practicar la vida sacramental. En general son aquellos cuya vinculación con la Iglesia está basada sobre todo en la recepción de los sacramentos y en la participación celebrativas relacionadas con las costumbre.

Ciertamente, la realidad de la celebración de la eucaristía es diversa para poder resumirla o generalizarla. De un lado, hay comunidades con celebraciones muy vivas y participativas, y en el otro extremo, iglesias donde el número de fieles que asiste a la misa dominical ha disminuido, a la vez que la edad media de los participantes ha subido con la misma drasticidad. Los planes pastorales diocesanos, el carisma de los párrocos o sacerdotes que presiden la eucaristía, la formación de los laicos y la tradición de la Iglesia local son determinantes para la calidad de vida litúrgica y, en particular, de las celebraciones eucarísticas.

Esta mirada, que no pretende ser pesimista, se hace necesaria para lograr que los cristianos puedan tener una experiencia de fe que los inserte en una comunidad cristiana y puedan participar en la celebración de los misterios de la fe. Los católicos hemos puesto este sacramento en el lugar más alto de la vida litúrgica de la Iglesia y no dejamos de proclamar su centralidad e importancia, y es por eso que la Iglesia no puede renunciar a afirmar y enseñar la importancia y centralidad de la eucaristía

Se invita a distribuir a los asistentes en grupos no mayores de 5 personas y compartir:

- 1.- En mi hogar, ¿Cuál Comida celebramos juntos? ¿Cómo es mi cercanía con la mesa del Señor?
- 2.- ¿Qué motivos me llevan a participar en la celebración eucarística? Se presenta un resumen. Anotar las ideas principales.

DISCERNIR

La Eucaristía, actualización del sacrificio de Cristo, es la fuente de toda gracia, de todo regalo de Dios, de poder ser hijos de Dios, de recibir el perdón de los pecados, de la misericordia, de la entrega de uno mismo, del amor a los demás incluso a los enemigos..... La presencia de Cristo resucitado en la Eucaristía es un misterio inagotable.

En la Eucaristía se hace presente de verdad, su muerte y su resurrección. Se actualiza la presencia real de Jesucristo.

Santo Tomás expresó con gran belleza la riqueza de vida que encierra la Eucaristía: “¡Oh, sagrado banquete, en el que se recibe al mismo Cristo, se renueva la memoria de su pasión, el alma se llena de gracia, y se nos da la prenda de la gloria eterna”

La Eucaristía, aunque es sacrificio, fue instituida como banquete, y como banquete fraternal ha de ser celebrada. Es la comida del Señor; pero una comida que hay que comer con el Señor y con los hermanos. Si no existe esta comunión, no hay Eucaristía. La comunión en la mesa exige comunión en la vida.

La Eucaristía es *”memoria pascual”* de la muerte y resurrección del señor. Comunión con Jesús que amó hasta dar la vida; y comunión con Jesús vencedor de la muerte, del odio, de la violencia, del pecado.

“El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él” (Jn 6,56). Al estar unidos a

la humanidad de Cristo estamos al mismo tiempo unidos a su divinidad. Nuestra naturaleza mortal y corruptible se transforma al unirse con la fuente de la vida. *“Como el Padre, que me ha enviado, posee la vida y yo vivo por él, así también el que me come vivirá por mí” (Jn 6,57).*

La Eucaristía es el memorial de este sacrificio. La Iglesia se congrega para recordar y reactualizar el sacrificio de Cristo, en el cual participamos por la acción del sacerdote y el poder del Espíritu Santo. Mediante la celebración de la Eucaristía, nos unimos al sacrificio de Cristo y recibimos sus inagotables beneficios.

En la Eucaristía, participamos de la liturgia celestial en la que Cristo intercede eternamente por nosotros y presenta su sacrificio al Padre, y en la que los ángeles y santos glorifican constantemente a Dios y dan gracias por todos sus dones: *“Al que está sentado en el trono y al Cordero/ la alabanza, el honor, la gloria y el poder, / por los siglos de los siglos” (Ap 5,13).*

Como indica el Catecismo de la Iglesia Católica, *“Por la celebración eucarística nos unimos ya a la liturgia del cielo y anticipamos la vida eterna cuando Dios será todo en todos” (CEC. 1326).* La celebración de la Eucaristía hace presente el cielo en la tierra.

Asimismo, en la actualización eucarística del eterno sacrificio de Cristo ante el Padre, nosotros no somos simples espectadores. El sacerdote y la comunidad de creyentes están activos de maneras diferentes en el sacrificio eucarístico. El sacerdote ordenado, de pie ante el altar, representa a Cristo como cabeza de la Iglesia. Todos los bautizados, como miembros del Cuerpo de Cristo, participan del sacerdocio del Salvador, como sacerdote y víctima a la vez. La Eucaristía es también el sacrificio de la Iglesia. La Iglesia, Cuerpo y Esposa de Cristo, participa en la ofrenda sacrificial de su Cabeza y Esposo.

En la Eucaristía el sacrificio de Cristo se convierte en el sacrificio de los miembros de su Cuerpo que unidos a Cristo forman una sola ofrenda sacrificial (CEC. 1368). Como el sacrificio de Cristo, se hace presente de manera sacramental, unidos a Cristo, nosotros nos ofrecemos como sacrificio al Padre. *“La Iglesia, al desempeñar la función de sacerdote y víctima juntamente con Cristo, ofrece toda entera el sacrificio de la misa, y toda entera se ofrece en él” (Mysterium Fidei, no. 31; cf. LG 11).*

Este es un gran misterio de nuestra fe que sólo podemos comprender por las enseñanzas de Cristo que traen las Escrituras y por la Tradición de la Iglesia.

Si bien fuera posible comer todo el pan consagrado durante la misa, se suele reservar algo en el sagrario. El Cuerpo de Cristo bajo la apariencia de pan guardado o “reservado” después de la misa suele recibir el nombre de “Santísimo Sacramento”.

Hay varias razones pastorales para reservar el Santísimo Sacramento; es empleado para distribuirlo a los enfermos y los que legítimamente no pueden estar presentes en la celebración de la Eucaristía. El Cuerpo de Cristo en la forma de pan debe ser adorado cuando es expuesto fuera de la Misa, cuando es llevado en procesiones eucarísticas, o simplemente cuando es reservado en el sagrario, ante el cual los fieles puedan orar en privado y en comunidad. Estas prácticas se basan en el hecho de que Cristo mismo está presente bajo la apariencia de pan. Esta adoración es una auténtica adoración a Dios que merece ser adorado.

Mientras adoramos el Cuerpo de aquel que es nuestra Cabeza, no podemos por menos de hacernos solidarios con sus miembros que sufren por diversas causas.

PROPONER

Como cristianos tenemos el compromiso junto a nuestros pastores a prestar un culto prologando en la adoración el sentido que brota de la celebración. Ese crecimiento se realiza por obra del Espíritu Santo, que nos conduce “hacia la verdad plena” (Jn14,26;16,13) Colaboremos con el Espíritu Santo para suscitar la verdadera devoción cristiana a Cristo en la Eucaristía.

Después de compartir el tema reflexionamos:

- 1.- ¿Cuál es mi respuesta de cristiano comprometido ante la presencia del Señor?
- 2.- Jesús nos espera en el Sacramento del amor. ¿Dispones de tiempo para ir a encontrarte con él?
- 3.- ¿Qué relación tiene la comunión con el Cuerpo y Sangre de Jesús y la comunión con el hermano?

Este año, los fieles cristianos de toda Venezuela, reunidos en torno a Jesús Eucaristía, manifestaremos nuestra fe católica mediante la participación en las celebraciones, para conmemorar los 125 años de la Consagración de Venezuela al Santísimo Sacramento.

Nos preparamos para celebrar de corazón, lo grande que esto representa para nuestro país.

CELEBRAR

CANTO: Dime como ser pan

Salomé Arricibita

Dime cómo ser pan
Dime cómo ser pan
Cómo ser alimento
Que sacia por dentro
Que trae la paz

Dime cómo ser pan
Dime cómo ser pan
Dime cómo acercarme
A quien no tiene aliento
A quien cree que es cuento
El reír, el amar

Dime cómo ser pan
Dime cómo dejarme
Comer poco a poco
Entregándolo todo
Y llenándome más

Dime cómo ser pan
Dime cómo ser pan
Cómo ser para otros
En todo momento
Alimento y maná

Dime cómo ser pan
Dime cómo ser pan
Cómo ser para otros
En todo momento
Alimento y maná

Tú que eres el pan de la vida
Tú que eres la luz y la paz
Tú que empapas la tierra
Cuando llueves el cielo
Dime cómo ser pan
Tú que haces de mí tu reflejo
Tú que abrazas mi debilidad
Tú que sacias mi hambre
Cuando vuelvo de lejos
Dime cómo ser pan (bis)

Dime cómo ser pan
Que cura la injusticia
Dime cómo ser pan
Que crea libertad



<https://youtu.be/rQQRt4G9Zb8?si=piZoygGIMurygaOP>

El guía invita a los presentes a tener unos momentos de reflexión y compartir mediante oraciones como podemos expresar la comunión con el hermano después de haber compartido este tema de hoy y qué están dispuestos a aportar.

Se puede colocar la canción de fondo.

Una vez concluido el momento de reflexión, se hacen preces espontáneas por la Iglesia y se reza el Padrenuestro.

EL SENTIDO DE LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA

“La Iglesia católica, no sólo ha enseñado siempre la fe sobre la presencia del cuerpo y sangre de Cristo en la Eucaristía, sino que la ha vivido también, adorando en todos los tiempos sacramento tan grande con el culto de latría que tan sólo a Dios es debido. Culto sobre el cual escribe san Agustín: «En esta misma carne [el Señor] ha caminado aquí y esta misma carne nos la ha dado de comer para la salvación; y ninguno come esta carne sin haberla adorado antes..., de modo que no pecamos adorándola; antes al contrario, pecamos si no la adoramos» [San Agustín, In Ps. 98, 9 PL 37, 1264.]”. (CARTA ENCÍCLICA MYSTERIUM FIDEI DE SU SANTIDAD PABLO VI SOBRE LA DOCTRINA Y CULTO DE LA SAGRADA EUCARISTÍA, Roma 1965, Numeral 9)

Se ha preparado este tema de catequesis sobre el Sentido de la Adoración Eucarística, a fin de llevarlos a un conocimiento más profundo del culto que la Iglesia rinde a la eucaristía, en virtud de la presencia real de Cristo, promoviendo así la contemplación y adoración al Señor y de la Obra de la salvación que la encarna.

CONTEMPLAR

Desde los primeros siglos, la Iglesia ha entendido a la eucaristía, con todo realismo, como memorial de la pasión, muerte y resurrección de Jesús; el sacrificio y el banquete de la nueva y eterna alianza; el pan de vida eterna y el cáliz de eterna salvación; sin embargo en los comienzos, el culto de Adoración se realizaba sólo durante la celebración de la Misa.. Hoy vemos como algo normal el culto a la eucaristía fuera de la Misa.

El hablar de «adoración eucarística» nos hace evocar aquellas expresiones de fe donde se pone de manifiesto la presencia del Señor en la hostia consagrada y ante la cual la Iglesia responde con actos litúrgicos y de piedad, como por ejemplo, las Horas Santas; las procesiones de Corpus Cristi; la visitas al Santísimo Sacramento, las cuarenta horas de adoración, entre otras.

Sin embargo, no siempre se comprende que la adoración eucarística se debe hacer tanto en la Misa como fuera de ella; se ha reducido muchas estos gestos de adoración a la mínima expresión, obviando muchas veces inclusive el hacer la genuflexión al pasar por delante del Sagrario.

A tal respecto, el Concilio Plenario de Venezuela, en el Documento Conciliar N^o, 10: La Celebración de los misterios de la fe, en el numeral décimo tercero, presenta de un modo claro y preciso, cómo ha sido la realidad del culto a la eucaristía en nuestro país:

Muchas comunidades cultivan y promueven el culto eucarístico fuera de la Misa, mediante la exposición breve o prolongada del Santísimo Sacramento y la propagación de la devoción eucarística entre los grupos y movimientos, así como entre los fieles en general. Hay gran aprecio del pueblo cristiano por las procesiones con el Santísimo Sacramento y por las manifestaciones

piadosas en torno al día del Santísimo Cuerpo y Sangre del Señor. La nación venezolana fue consagrada al Santísimo Sacramento hace más de un siglo. Sin embargo, debido a razones diversas, la Eucaristía todavía no ocupa el centro de la devoción del pueblo cristiano..

Aun cuando en los últimos años se ha experimentado un crecimiento sostenido en las acciones formativas para los fieles, con una catequesis que privilegia la iniciación cristiana en la fe y un conocimiento más profundo de la persona de Jesús, hace falta el desarrollo sistemático de catequesis sobre el Culto a la Eucaristía así como el testimonio de los creyentes ya iniciados que, encontrando en la Eucaristía la fuente y cumbre de la vida cristiana, puedan mostrar a otros el gran tesoro de la presencia de Cristo.

En la Carta Apostólica *Mane Nobiscum Domine* para el Año de la Eucaristía, el papa Juan Pablo II expresa que:

Hace falta fomentar en la Misa y en el culto eucarístico fuera de ella la conciencia viva de la presencia real de Cristo, testimoniarla con el tono de la voz, los gestos, la manera de tratarla, que exprese el máximo respeto. También debe promoverse la contemplación personal y comunitaria en la adoración, con la ayuda de reflexiones y plegarias centradas siempre en la palabra de Dios y el rosario mismo.

Una de las realidades que se evidencia en las expresiones de culto a la Eucaristía, es la poca disposición de los fieles a la contemplación y al silencio; cuesta acercarse al Señor, que se ha quedado en las especies eucarísticas con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, para contemplar su gloria y para escucharle; se acude a los momentos de adoración con una gran cantidad de textos que evocan a un Jesús que se quedó preso, solitario en un Sagrario, cuando en realidad está presente, vivo y real, en toda la Iglesia, porque por su encarnación, pasión, muerte y resurrección, nos ha prometido que estará con nosotros hasta el fin del mundo.

Esta realidad puede tener sus matices a lo largo y ancho del territorio nacional. “*En la vida de fe y en la práctica litúrgica ocupa un lugar relevante la adoración de la Eucaristía fuera de la Misa*”; las expresiones culturales, arraigadas en la tradición religiosa, han permitido que en algunas regiones, con la presencia de fieles asociados en Cofradías del Santísimo Sacramento y movimientos apostólicos con espiritualidad eucarística, el culto a la Eucaristía fuera de la Misa, tenga un lugar privilegiado en la vida parroquial y diocesana.

Ante esta perspectiva, urge tomar acciones para fomentar en los fieles la adoración eucarística y fortalecer la actitud contemplativa, tanto a nivel personal como comunitaria, de la presencia real del Cristo en la Eucaristía.

Reflexionemos un poco sobre esta realidad:

- 1.- ¿Cómo vivo el culto a la Eucaristía?
- 2.- ¿En nuestra comunidad parroquial somos conscientes de la importancia de la adoración eucarística?
- 3.- ¿Tenemos acciones que nos ayuden a preparar la celebración eucarística en nuestra comunidad?

DISCERNIR

Sentido de la adoración eucarística:

La “Adoración Eucarística” (Contemplación de la obra de Dios en la historia de la salvación, que continua realizándose hoy con nosotros), reconocimiento, acción de gracias, súplica para que no se olvide de nosotros. La celebración de la Misa es el supremo acto de adoración que Cristo ofrece al Padre y nos hace, como miembros suyos partícipes con él.

La Carta Encíclica *Mysterium Fidei*, del Papa San Pablo VI, en el numeral 56, nos dice respecto al culto de la Eucaristía que la Iglesia prolonga la adoración eucarística no solamente durante la Misa, sino también fuera de ella, por eso conserva con mayor cuidado las hostias consagradas, presentándolas a los fieles para que las veneren con solemnidad; pues la Eucaristía es el sacramento por excelencia del misterio Pascual, que conmemora la obra de la salvación. El acontecimiento pascual y la Eucaristía que lo actualiza a lo largo de los siglos tienen una «capacidad» verdaderamente enorme, en la que entra toda la historia como destinataria de la gracia de la redención.

La fracción del pan evoca la Eucaristía. Y hoy después de dos mil años seguimos reproduciendo aquella imagen primitiva de la Iglesia. Y, mientras lo hacemos en la celebración eucarística, los ojos del alma se dirigen al Triduo pascual: a lo que ocurrió la tarde del Jueves Santo, durante la Última Cena y después de ella; Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección del Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y se realiza la obra de nuestra redención. Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presente la Eucaristía no es solo un recordatorio del sacrificio redentor de Cristo en la cruz, sino que también es un medio mediante el cual la salvación de Cristo se hace presente y efectiva en la vida de los creyentes. Es un recordatorio constante de la obra redentora de Cristo a lo largo de la historia que se realiza en el hombre llamado a prolongar la obra de Cristo en constante acción de gracias.

El numeral 1360 de CIC destaca que la Eucaristía es un sacrificio de acción de gracias al Padre. Se presenta como una bendición mediante la cual la Iglesia expresa su reconocimiento a Dios por todos sus beneficios, abarcando desde la creación hasta la redención y la santificación. La palabra "Eucaristía" en sí misma significa "acción de gracias". Este enfoque resalta la importancia de reconocer y agradecer a Dios por su obra continua y salvadora en la historia de la humanidad. La Eucaristía se convierte en un acto central de gratitud y reconocimiento por la acción salvífica de Dios.

Nos continúa diciendo en el numeral 1361 que:

La Eucaristía es también el sacrificio de alabanza por medio del cual la Iglesia canta la gloria de Dios en nombre de toda la creación. Este sacrificio de alabanza sólo es posible a través de Cristo: ffil une los fieles a su persona, a su alabanza y a su intercesión, de manera que el sacrificio de alabanza al Padre es ofirecido por Cristo y con Cristo para ser aceptado en él.

La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que este sacrificio se hace presente, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado. De este modo, la Eucaristía aplica a los hombres de hoy la reconciliación obtenida por Cristo una vez por todas para la humanidad de todos los tiempos. En efecto, el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio. Contemplar a Cristo implica saber reconocerle dondequiera que Él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre. La Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, misterio de luz. Cada vez que la Iglesia la celebra, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia de los dos discípulos de Emaús:

«Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron» (Lc 24, 31)

La fe Católica cree y enseña que la celebración de la eucaristía es el acto supremo de adoración y en ello se refleja el centro de la vida de la Iglesia. La Misa o eucaristía es el principal culto público de los fieles católicos, donde se manifiesta el sacramento del sacrificio redentor de Cristo.

En la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, el papa San Juan Pablo II expresa que: "La Misa es el cielo en la tierra" refiriéndose a que la Liturgia que se celebra en la tierra, es una misteriosa participación de la Liturgia celestial. En ese documento también señala que: "adorar a Cristo es reconocer el misterio más grande de su misericordia, nos muestra su amor que llega "hasta el extremo" (Jn 13,1)

En la Misa se renueva y se actualiza el sacrificio redentor de Cristo en la Cruz, donde Él se ofreció a sí mismo por la salvación de la humanidad, por tanto, la Misa no es una repetición del sacrificio, sino su "re-presentación" sacramental y la actualización del Misterio Pascual. La Misa se considera el momento en el que el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Por otra parte, la presencia real Cristo en la Eucaristía, nos invita a adorarlo y contemplar su rostro, lo que a su vez nos permite saber reconocerle donde quiera que Él se manifieste.

En el año 2007, el papa Benedicto XVI, en la acostumbrada alocución del Ángelus manifestó lo siguiente: "la adoración eucarística permite hacerlo no sólo en torno al "yo", sino también en compañía del "Tú" lleno de amor que es Jesucristo, "el Dios cercano a nosotros". Aquí también se presenta a la Virgen María, como Mujer eucarística, cuyo corazón, humilde y sencillo, estaba siempre centrado en el misterio de Jesús, en el que adoraba la presencia de Dios y de su Amor redentor. Que sea nuestra Madre Santísima quien interceda ante Jesucristo, su hijo por toda la Iglesia, para que aumente la fe en el Misterio eucarístico, la alegría de participar en la santa Misa, y dar testimonio de la caridad y misericordia de Cristo vivo"

La presencia real de Cristo en las especies consagradas, no es una presencia estática, sino dinámica

La presencia real de Cristo en la Eucaristía es considerada como un misterio de fe que traspasa el entendimiento humano, y es aceptada por la Iglesia Católica como uno de los aspectos de participación en su vida sacramental, en la cual, se resalta la importancia de la Misa como centro y cumbre de la vida cristiana, donde los fieles reciben a Cristo, verdaderamente en la comunión, fortaleciendo su unión con Él y con la comunidad de los creyentes.

En las especies consagradas se manifiesta el sacramento que contiene verdaderamente el cuerpo y la sangre de Cristo, con su alma y divinidad, bajo la apariencia de pan y vino.

Jesucristo, instituyó la eucaristía en la Última Cena, cuando convirtió el pan en su cuerpo y el vino en su sangre y dio a los apóstoles el poder de hacerlo en memoria suya. Por su amor infinito, decidió quedarse más cerca de nosotros, para aumentarnos su gracia, sus favores y su amistad, y para ser Él mismo, el alimento de nuestra alma.

En las especies consagradas Jesucristo no se manifiesta simbólicamente, su presencia es verdadera, real y sustancial, (La transubstanciación), es el regalo más grande dejado por Él de manera verdadera y tangible: *"Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí y Yo en él "* (Jn 6, 5)

San Agustín, en uno de sus escritos, invita a la adoración de la carne de Cristo antes de la comunión: «En esta carne el Señor ha caminado hasta aquí y esta misma carne nos ha dado a comer para la salvación; y nadie come de aquella carne sin haberla adorado primero... así que no pecamos adorándola, sino al contrario, pecamos si no la adoramos».

La presencia de Jesucristo en la Eucaristía debe ser estudiada en su ámbito propio que es el del memorial y el de la comunión eucarística, y su permanencia de las especies, se considera que

dura hasta que dura la estructura sacramental del signo del pan y del vino, incluso en partes mínimas. Finalmente, la fe en la presencia de Jesucristo en las especies consagradas, se resume en la verdad de las palabras de la Institución

Por esta razón, Cristo sigue ofreciendo al Padre su gran adoración, y cada vez que adoramos a Cristo en la presencia eucarística nos unimos a la gran adoración ofrecida de “una vez y para siempre” en el sacrificio de la cruz y prolongada eternamente por El en el cielo a la presencia del Padre.

En la Eucaristía, la Iglesia expresa su agradecimiento a Dios por su amor, misericordia y redención, especialmente a través del sacrificio de Jesucristo. Recordemos que la palabra "Eucaristía" proviene del griego "eucharistia", que significa acción de gracias. Esto refleja la esencia de la Eucaristía como un acto de agradecimiento y reconocimiento por la obra salvadora de Dios. Durante la Eucaristía, la comunidad cristiana presenta súplicas y peticiones a Dios. Se incluyen oraciones por la paz, la unidad, la santificación, y también se intercede por las necesidades de la Iglesia y del mundo. La Eucaristía es un momento para expresar nuestras necesidades y preocupaciones a Dios, confiando en su gracia y providencia.

En la Eucaristía, hay una conexión con la liturgia hebrea del Zikkarón ya que Jesús instituyó la Eucaristía durante la celebración de la Pascua judía, un rito de recordación y liberación que conmemora la salida de Israel de la esclavitud en Egipto. La palabra "Zikkarón" en hebreo significa "recordación" o "memorial". En la liturgia hebrea, este término se utiliza para referirse a las ceremonias que recuerdan eventos significativos en la historia de la salvación. La Última Cena, donde Jesús instituyó la Eucaristía, es un claro ejemplo de Zikkarón. Jesús pidió a sus seguidores que hicieran esto "en memoria" de él, estableciendo así un acto litúrgico de recordación y agradecimiento.

La Eucaristía no solo es una acción de gracias y súplica, sino también una participación en el sacrificio redentor de Cristo. La liturgia eucarística conecta a los fieles con la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús.

La Eucaristía es una acción litúrgica rica en significado, que incluye la acción de gracias a Dios, la presentación de súplicas, y tiene conexiones con la liturgia hebrea del Zikkarón. Este enfoque integral hace que la Eucaristía sea un momento sagrado y central en la vida de la Iglesia. Todo esto se prolonga en la Adoración fuera de la Misa.

¿Cómo adora la Iglesia la Eucaristía?

La Iglesia, esposa de Cristo a través del Ritual de la Sagrada Comunión y del Culto Eucarístico fuera de la Misa nos muestra el modo de adorar al Señor por medio del rito de la exposición y bendición eucarística que lleva a reconocer en ella la maravillosa presencia de Cristo e invita a la unión del corazón con él, unión que culmina en la comunión sacramental. Así promueve adecuadamente el debido culto en espíritu y verdad (cfr. N^o, 82). Este rito está formado por cuatro elementos, bien diferenciados, cada uno con su expresión litúrgica propia.

- .- EXPOSICIÓN, el modo de iniciar la exposición, sobre el altar donde se celebra la eucaristía.
- .- ADORACIÓN, tiempo prolongado de su realización; este elemento ofrece más posibilidades en su realización: celebración de la Palabra, homilía. También puede integrarse con el rezo de la liturgia de las horas. La intención es que los fieles se dediquen a Cristo, el Señor.
- .- BENDICIÓN, pues toma en cuenta la forma ritual y su realización.
- .- RESERVA, como culminación de la celebración.

La Eucaristía se prolonga en la vida misma; la celebración de la Eucaristía no termina en las

paredes del templo sino que exige transformar la vida de quien participa en ella . Las actitudes eucarísticas que han sido modeladas por la celebración deben ser pues, desarrolladas en la vida espiritual. Es por ello que la Adoración Eucarística tiene un contenido espiritual, que es el mismo que el contenido en la Misa celebrada.

Este Contenido Espiritual de la Adoración Eucarística se puede esquematizar de la siguiente manera:

.- ACCIÓN DE GRACIAS, La Eucaristía es un acto de agradecimiento y reconocimiento por la obra salvadora de Dios. Es necesario agradecer a Dios por sus dones en todas las circunstancias y lugares, no solo en grandes ocasiones; cultivar el espíritu eucarístico de agradecimiento constante, incluso en tiempos de prueba. La Eucaristía nos enseña a unir nuestro agradecimiento al de Cristo, extendiendo esta gratitud a todos los aspectos de la vida cotidiana.

.- SUPPLICAS Y PETICIONES, La comunidad cristiana, en la eucaristía, presenta suplicas y peticiones a Dios. El creyente que prolonga en su vida la Adoración Eucarística, no deja de ofrecer al Padre, por medio de su Hijo Jesucristo y con la ayuda del Espíritu Santo, cada una de las necesidades, propias y de sus hermanos, en una oración confiada y sustentada en la esperanza.

.- MEMORIAL, La Eucaristía es el “memorial” de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, recordando la historia de la salvación prefigurada en la antigua alianza. Este “memorial eucarístico” nos lleva a agradecer los dones de Dios, fomentando una vida de gratitud y responsabilidad. Recordar los dones de la naturaleza y la gracia nutre nuestra espiritualidad, manteniendo viva la gratitud y el deseo de valorar y fructificar estos “talentos”.

.- SACRIFICIO, La Eucaristía es el sacramento del sacrificio pascual de Cristo, un holocausto incesante desde su encarnación hasta su crucifixión. Este sacrificio eterno se hace presente en el sacramento del altar, uniendo el sacrificio de la Iglesia con el de Cristo para formar un solo cuerpo y espíritu. Participar en la Eucaristía significa hacer de nuestra vida un sacrificio agradable a Dios. Nuestra existencia, simbolizada en el pan y el vino, se ofrece en la Eucaristía, y la espiritualidad eucarística del sacrificio debe impregnar todos los aspectos de nuestras vidas.

.- ADORACIÓN, Durante la celebración de la Eucaristía, nuestra postura física (de pie, sentados o de rodillas) refleja actitudes del corazón. Estar de pie simboliza la libertad filial que Cristo nos otorgó al liberarnos del pecado. Sentarse expresa la receptividad cordial de María al escuchar la palabra de Jesús. Y arrodillarse indica humildad ante el Altísimo. La genuflexión ante la Eucaristía expresa nuestra fe en la presencia real de Jesús. Al adorar al Cordero en la Eucaristía, nos educamos a no postrarnos ante ídolos mundanos, reconociendo a Dios como único Señor de la Iglesia y del mundo. Si en la celebración de la Eucaristía adoramos al Dios con nosotros y por nosotros, tal sentir del espíritu debe prolongarse y reconocerse también en todo lo que hacemos, pensamos, y obramos

PROPONER

Como se ha observado, la Adoración es prolongación del memorial de la Obra de la Salvación realizada por Cristo. El cristiano está llamado a encarnar en su historia a Cristo. Por tanto, contempla la historia de algunos de los Maestros y Apóstoles de la Adoración Eucarística en la Historia de la Iglesia y de Venezuela:

- .- Santo Tomás de Aquino,
- .- San Alfonso María de Liguori,
- .- San Pedro Julián Eymard,
- .- Mons. Juan Bautista Castro,
- .- La devoción eucarística de los beatos venezolanos

Y nos preguntamos:

¿Qué nos enseñan sobre la importancia en la vida cristiana de la adoración eucarística?